

50 años después, emergencia étnica	Título
Albó, Xavier - Autor/a;	Autor(es)
Proceso agrario en Bolivia y América Latina	En:
La Paz	Lugar
CIDES-UMSA, Posgrado en Ciencias del Desarrollo PLURAL editores	Editorial/Editor
2003	Fecha
	Colección
Reforma agraria; Bolivia; America Latina;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Bolivia/cides-umsa/20120904031437/14cincuenta.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
 Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
 Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
 Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
 Latin American Council of Social Sciences



50 años después, emergencia étnica*

Xavier Albó

Mi exposición se divide en tres partes. Creo que estos últimos cincuenta años pueden calificarse como una época de transición que se inicia con las reformas agrarias –o las reformas campesinistas– y culmina con la actual emergencia de las naciones étnicas. Me dedicaré, inicialmente, a analizar las reformas en América Latina, abordaré luego la temática étnica, para finalmente analizar la época en su conjunto.

Respecto de las reformas sobre la tenencia de la tierra en América Latina, es indudable que “la madre del cordero” de este proceso es la revolución agraria realizada en México. Iniciada en 1917, antes de la propia revolución rusa, se trata de un larguísimo proceso que se consolida en los años 30, con el gobierno de Cárdenas. No es ésta una reforma agraria con contenidos comunitarios, allí la fuerza estaba en la constitución de los ejidos, en la importancia de un movimiento popular como el zapatista y en el simbolismo de ese eslogan que todavía repercute hoy: “La tierra es de quien la trabaja”.

Si comparamos lo sucedido en México en esos años con lo que sucedía en Bolivia, no puedo de dejar de recordar que aquí, en Warisata, ya habían sucedido cosas verdaderamente intere-

* Texto rescatado de la intervención oral del autor. Xavier Albó es investigador del CIPCA.

santes y con un alto contenido indigenista y comunitario. Menciono este dato recordando lo escrito en muchos libros en México que señalan que lo que allí sucedió fue un proceso de reformas indigenistas, pero sin indios. Creo que “la madre del cordero” de los posteriores procesos de reformas agrarias en América Latina ha significado la asimilación de lo indígena al modelo mexicano de un Estado mestizo. Se trata de un proceso en el que los campesinos mexicanos niegan su identidad indígena y, paradójicamente, allí radica el éxito del modelo mexicano de reforma agraria.

Pasado el tiempo, hoy estamos en condiciones de señalar que la Reforma Agraria boliviana, a pesar de realizarse mucho años después, es una especie de “hija predilecta” del modelo de reforma mexicano, no sólo –por supuesto– por el montón de expertos mexicanos que vinieron a ayudarnos en nuestra “revolución campesina”, sino porque el MNR concibió la idea de crear la Nación boliviana, una nación sin indígenas, un país con campesinos productores y consumidores, nada de aymaras ni quechuas.

Así se produce un intento más de borrar de la historia las larguísimas luchas de las comunidades frente a la explotación liberal sobre los indios ya sea a través de las contribuciones indígenas o por su aporte a la economía minera antes de 1952. Entonces, como pasó en México, en Bolivia se impone un modelo con toques modernos bajo el discurso de partidos como el PIR y el MNR que lideran un movimiento popular mucho más amplio que el específicamente comunitario e indígena.

En este mismo marco, debo citar a la Revolución Cubana que, por supuesto, va por otro camino, pero interesa citarla porque la reforma allí realizada parte de una economía tremendamente capitalista, basada en las grandes plantaciones de azúcar. Allá en Cuba, a diferencia de México y Bolivia, el sentido étnico y comunitario estaba reducido a algunos bohíos aislados donde lo significativo era la presencia de lo negro. En ese sentido, no puedo dejar de mencionar lo que una vez me dijo un negro cubano: ‘Ustedes hablan de la Pachamama como la madre tierra, para nosotros la tierra no es una madre, en

todo caso sería una madrastra, porque a nosotros nos llevaron siempre a trabajar en tierra ajena’.

Después del gran susto que representó para Estados Unidos la Revolución Cubana, no puedo dejar de mencionar la otra serie de reformas agrarias producidas en América Latina. Yo las llamo reformas agrarias “descafeinadas”, es decir despojadas de susto. Me refiero a las reformas de Colombia, Chile y Ecuador. Menciono estos procesos rápidamente para decir que todos esos cambios no fueron, en ningún caso, una especie de don gratuito que vino desde arriba, fueron procesos siempre ligados a una serie de luchas campesinas.

En este punto quiero hacer una mención especial a la frustrada revolución agraria de Guatemala, la de Jacobo Arbenz. Guatemala es un país muy parecido a Bolivia por su composición étnica. En Bolivia están mayoritariamente los aymaras y quechuas, en Guatemala los mayas. Guatemala también se parece a Bolivia por el minifundio en el occidente y las grandes haciendas en la zona de la costa, por el masivo traslado de campesinos de las zonas altas hacia las partes bajas en busca de trabajo. Jacobo Arbenz fue derrotado por Estados Unidos, y Guatemala, país volcánico como sus habitantes, registra hoy las masacres campesinas más brutales de América Latina.

No podemos de dejar de mencionar el caso del Perú que, como México, ha sido un país pionero en lo que se refiere a las reivindicaciones indígenas. En el caso de la reforma agraria peruana también destaca más lo campesino que lo indígena y lo cultural. Sólo a partir de Arguedas –en pleno siglo XX– es que se comienza a tomar en cuenta la riqueza étnica y cultural de un país como Perú. Y como en el caso de Guatemala, Perú se ha caracterizado también por la presencia de grupos guerrilleros vinculados a la lucha por la tierra.

El caso del Brasil tiene sus propias particularidades. Un país caracterizado por el apabullante desarrollo capitalista en las ciudades tiene su contraparte en la emergencia de un significativo Movimiento Sin Tierra que, precisamente, expresa en cierta forma el fracaso del desarrollo capitalista en las ciuda-

des. Un movimiento, además, vinculado a los grandes índices de desocupación urbana, miles de personas que viven en la ciudad esperando el llamado de las grandes haciendas azucareras para conseguir un puesto de trabajo en la zafra. Brasil sigue siendo el país latinoamericano donde se mantiene vigente el poder de los señores del campo.

Hasta aquí, el repaso de las reformas agrarias en América Latina, paso ahora a la emergencia de las naciones étnicas. Y para empezar, quiero recordar una frase de un boliviano que conozco: ‘Nos dijeron que si dejábamos de ser indios, nos liberaríamos, pero eso no ha pasado, y por eso nos vemos obligados a volver a nuestras raíces’. Creo que esta frase expresa con claridad todo lo que ha venido ocurriendo en Bolivia durante los últimos años, especialmente lo que ocurre entre los aymaras, es el retorno de lo indio en el paisaje nacional. Aunque claro, sobre esto que suena bonito –el retorno de lo indio– ya me había prevenido Simón Yampara: ¿Por qué el retorno de lo indio?, ¿cuándo nos hemos ido? Y creo que Simón tiene razón, lo indio siempre estuvo presente dentro del discurso campesino, imponiendo su propia identidad étnico-cultural.

Ahora bien, para abordar esto que llamo emergencia étnica, me parece adecuado referirme al caso de los Mapuches de Chile. Como sabemos, los Mapuches fueron el penúltimo pueblo indígena derrotado por la Colonia española, ya disfrazada de republicana. Los últimos fueron los pueblos de la Amazonía. Pero esto de la derrota es sólo una manera de explicar la historia, porque sabemos que en los años 50, e inclusive en tiempos de Salvador Allende, los Mapuches lograron alianzas con los obreros del carbón en Concepción, corazón industrial de Chile. En esos años se conformó la Asociación Nacional Indígena y se supo de un viaje de Allende a Temuco. En esos años también se produjo la reforma agraria impulsada por el presidente Frei, pero era una reforma que nada tenía que ver con los Mapuches. Poco tiempo después, se conoció en Chile ese movimiento que se calificó como el “Reventón Mapuche”. Como se ve, y a pesar de que Pinochet siempre afirmó que en Chile

ya no hay indígenas y que todos son chilenos, el censo de 1992 demostró que un 10 por ciento de la población se reconocía Mapuche. He mencionado el ejemplo Mapuche como una afirmación de la emergencia étnica aún en países como Chile, donde se manejaba el discurso de la desaparición de lo indígena.

Conviene ahora mencionar algunos hitos latinoamericanos que han marcado la presencia de lo indio en nuestros países. En 1980, en la zona amazónica del Ecuador, se conforma la Confederación Nacional de Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana como resultado de varios años de lucha de los Shuar. En el otro lado de la frontera, en el Perú, en 1968 ya se había realizado el primer congreso de los Amoesha, en plena selva peruana. Junto a estas primeras señales de la emergencia étnica en América Latina, no podemos dejar de mencionar la importancia que tuvo, en 1979, la creación de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), la organización campesina que rompe los lazos con el Estado, hasta ese momento vigentes. El movimiento campesino boliviano, hasta entonces, había estado vinculado a los gobiernos del MNR después de la Reforma Agraria, y luego a los gobiernos militares, a través del pacto militar-campesino. También es esos años se conocieron las primeras organizaciones indígenas en Colombia. Otro momento significativo que vale la pena recordar es la creación de la CONAIE, Coordinadora de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, en cuyo nombre aparece por primera vez la "N" de nacionalidades y no de "Nacional" o de "Nacionalistas", como en otras partes. Debo citar también el intento fallido de formar una especie de Consejo Indio de Sur América, ya no "Latino", sino "Sudamericano". En Bolivia, otra vez, tiene gran importancia la gestación de organizaciones indígenas de las tierras bajas en los años 80, la CIDOB y la AGP, por ejemplo. He convocado a la memoria para recordar el nacimiento de todas estas organizaciones porque todas ellas son hitos de eso que hemos venido repitiendo desde la conmemoración de los 500 años de resistencia: seguimos vivos y coleando y sin ganas de morirnos.

Finalmente, no puedo dejar de mencionar otra vez a México, “la madre del cordero” de las reformas agrarias en América Latina, pero esta vez hablando de Chiapas, la frontera de la reforma agraria Mexicana y el lugar donde manda el gamonalismo, allá donde se alzaron los pueblos indígenas chiapanecos en contra del Tratado de Libre Comercio (TLC). No es necesario abundar sobre la importancia simbólica de este hecho, pero sí es necesario valorarlo a partir de su importancia como grupo político indígena organizado que tiene como portavoz a un guerrillero que proclama, como no había sucedido nunca, que no quiere llegar al poder, que quiere transformar la conciencia nacional de su país a partir del reconocimiento de la existencia de los pueblos indígenas. No me queda claro cuál será el futuro de este movimiento, pero sin duda que cierra con gran fuerza este ciclo todavía vigente que he denominado como la emergencia de las naciones étnicas en América Latina. Vamos a la última parte de nuestra exposición.

Quiero empezar esta tercera y última parte con la enumeración de algunos factores que caracterizan y determinan la época de cambio que vivimos en América Latina. Un primer elemento que advierto es la creciente marcha de pueblos indígenas hacia nuevas tierras. Un segundo aspecto, de indudable importancia, es el fracaso del modelo desarrollista aplicado en América Latina –y en Bolivia, por supuesto– que ha permitido vislumbrar mejor la historia larga de los pueblos indígenas. Un tercer factor es el que tiene que ver con esa especie de bumerang –la migración campesino-indígena a las ciudades–, que ha tenido un impacto sustancial en la relación política entre campo y ciudad que ha permitido, en Bolivia por ejemplo, el nacimiento de importantes corrientes intelectuales kataristas. Un cuarto elemento de indudable importancia es el rol que han jugado en este proceso los aliados no indígenas. Dicho rol, en el caso de Chiapas y de los Mapuches en Chile, es claramente diferenciado del papel que los partidos políticos de izquierda han jugado en Bolivia. Obsesionada por su concepción clasista, la izquierda boliviana ha pintado muy poco en

este proceso. Otros aliados de relevancia han sido los sectores innovadores de la Iglesia –y no hablo de cualquier Iglesia, sino de la Católica en particular, pues las iglesias evangélicas, con honrosas excepciones, han demostrado una visión escapista sobre el tema–. Como ejemplos valiosos de este tipo de aliados con la causa indígena debo citar: Samuel Ruiz en Chiapas, Proaño en el Ecuador, Casaldaña en el Brasil y Contreras en el Sur de Chile. No puedo dejar de mencionar a las ONG y a investigadores académicos cuyo apoyo es ciertamente diferenciado, contributivo en algunos casos, y en otros simplemente desastroso.

A este cuadro, hay que añadirle los factores externos que han impactado notablemente en esto que llamamos emergencia étnica en nuestros países. Entre ellos, sin duda que la penetración de las transnacionales en la explotación de recursos naturales, especialmente en las tierras bajas, ha impulsado la movilización indígena. En términos ideológicos, el derrumbe de la utopía socialista también ha creado condiciones favorables para la emergencia indígena en América Latina. Y, por supuesto, el modelo neoliberal, por su carácter excluyente, ha hecho lo suyo. En general, en América Latina ha despertado la conciencia indígena que incluso se expresa en ese toquecito multiétnico y pluricultural de varias constituciones. La Constitución Política del Ecuador, por ejemplo, es la única que incorpora en su texto otro idioma: *ama sua, ama llulla, ama k'ella*.

Pero más allá de estos toquecitos, lo que me parece verdaderamente central en todo este proceso es que existe una ampliación interesante de demandas: de la tierra para el que la trabaja, hemos pasado a territorios en los que podamos vivir como somos. Esto es verdaderamente sustancial, y no sólo es un fenómeno que sucede en el mundo andino y en las tierras bajas de Bolivia, sino que tiene su correlato desde Nicaragua hasta México. Y en este sentido, esta ampliación de la demanda se acompaña con un determinado grado de autonomías dentro del Estado. Y no se trata de que no exista el Estado, sino de que esté diseñado de tal forma que acepte que hay ciertos már-

genes de autonomía como los hay a nivel del municipio. Este último factor es el que me parece fundamental en la época de emergencia indígena que vivimos.